La castañuela de la laguna

La laguna criaba un junco triangular que se llamaba castañuela. Crecía en lo que había estado inundado durante todo el invierno. Cuando ya las aguas se retiraban en primavera, brotaba ese junco que se utilizaba muchísimo para techar las chozas.

En el monte se usaba el escobón morisco para techar y por eso las chozas del monte se llamaban moriscos. Aquí, en cambio, se techaba con castañuela.

Al recoger la castañuela, había una forma de ajustar cuánta había: la laguna pertenecía a distintos capitalistas, según por donde estaba cada finca. Cuando llegaba la hora de que la castañuela había madurado, iba un experto acompañando al dueño, al que solíamos llamar "señorito", y le decía: "Aquí, en su laguna, puede haber tantas carretadas de castañuelas". Eso era aforar. El dueño de la laguna, con este dato, ya se arreglaba.

Había señores, llamados laguneros, que se dedicaban a comprar la laguna en bruto (a comprar la castañuela de la laguna) y, con lo que había dicho el experto, se le decía al lagunero: "Pues mira, aquí hay tantas carretadas de castañuela, a tanto la carretada, la laguna vale tanto". Y él metía hombres a segar, que cobraban por carretada segada y amarrada. Luego, el carretero vendía la castañuela al que la necesitaba. Así iba la laguna.

Una carretada eran cien haces, que luego fueron siendo cada vez más chicos. A mí me contaban que había que ser muy buen carretero para poder meter los cien haces de castañuela

en la carreta. Y luego, cuando yo fui carretero, se metía carretada y media, ciento cincuenta haces, y sobraba carreta. ¿Por qué? Porque los segadores vivían de tantos haces como segaban y cada vez los iban achicando un poco más.

La castañuela era extraordinaria para techar chozas, el mejor junco que se ha conocido. Era muy abrigado y lo que quedaba visible era ese tallo triangular que tiene, que era duro y aguantaba mucho tiempo, no se mojaba nunca (si se mojaba es que no estaba bien hecha la *techa*).

La choza se techaba de una manera muy simple, pero también tenía su mérito: se hacía lo que se llamaba una lata, que era una andanada de juncos cogidos por dos cañas atravesadas que se cogían entre sí. Se ponían varias tandas de castañuela hasta conseguir techar la choza. Si la techumbre se ponía vieja, se le echaba otro techo encima, no se quitaba nada. Así, las casas viejas tenían dos y tres techados encima.

Un pajar para el ganado

Normalmente, el pajar que preparábamos aquí, que en realidad se llamaba almiar y que se hacía en medio del campo, se hacía con una herramienta que se llamaba bielda. Había que ir asentando la paja de tal manera hasta hacer una especie de pirámide o un prisma parecido a una casa para que la paja se mantuviera en pie por sí misma. De ahí el ganado se iría alimentando.

Ya he explicado cómo se techaban las casas de castañuela, pero el pajar no se ponía de la misma manera. ¿Qué es lo que hacían? La gente del campo se las sabía todas: ponían encima varios pares de juncos de castañuela para que no se cayera aquella “lata” y fabricaban unas agujas de pajar que se hacían con un cardo o con carrizo, dejando un lado más grueso (que es el que entraba a ley) para que agarrara más y el otro limpio

y delgado para que entrara. Se cogían los carrizos o los cardos, se machacaban un poquito por donde se iban a doblar (porque iban dobladas estas agujas) y se doblaban con sus dos puntas. Esto se clavaba encima de la *tonga* o porción de castañuelas, se iba clavando y así se aguantaba la techumbre.

Luego había que abrir el pajar para coger la paja con un gancho de madera y echarla a mano a los animales. Se hacía entonces una cueva en el almiar, una especie de túnel que se paraba cuando se llegaba a las agujas de la parte opuesta, para que no se cayera aquello. Una vez sacada toda la paja de esta manera, se empezaban a cortar bancadas, que eran unos tres metros del mismo almiar que se metían dentro y se iba cogiendo paja según hiciera falta.

Un almiar venía a tener unos diez metros de largo y tres o cuatro de ancho.